

—¡Otra vez treses! Tienes el diablo en el cuerpo, Rafael.

—Así lo creo, contestó Rafael recogiendo las monedas de oro que había ganado.

—¿Cuándo vendrá esa bruja?

—Cuando haya leído tu carta y la contestación de Hipatia.

—¿Leído?

—Se supone. No la creas tan necia que vaya á llevar una carta sin saber lo que dice. Pero no te enfades; no dirá nada. Al contrario, creo que daría uno de aquellos carbones encendidos, que ella llama sus ojos, porque ese asunto prosperase.

—¿Por qué?

—Ya lo sabrá tu excelencia cuando venga la carta. Aquí está; oigo pasos en el corredor. Ahora, vamos otro lance antes que vengan. Apuesto dos contra uno á que exige que te hagas pagano.

—¿Qué jugamos? ¿Los negrillos?

—Lo que quieras.

—Ganados. Entrad, esclavos.

Hipocorisma entró con aire de disgusto.

—Esa furia judía está á la puerta con una carta, y ha tenido la desvergüenza

de decirme que no quiere que la entregue yo.

—Entonces que venga ella. ¡Vivo!

—¿Qué hago yo aquí entonces, si mi amo tiene secretos que yo no debo saber? dijo el muchacho.

—¿Quieres que te ponga una banda azul sobre esas blancas espaldas? gritó Orestes. Pues si quieres, á la mano tengo el látigo de hipopótamo.

—Pongámosle de rodillas aquí por un par de horas y que sus suaves espaldas nos sirvan de mesa para jugar á los dados, dijo Rafael. Esta era la costumbre que tú observabas con las jóvenes de Armenia.

—¡Ah! ¿Te acuerdas? ¡Y cómo gruñían por eso aquellos bárbaros papas! Hasta que al fin me ví precisado á crucificar un par de ellos, ¿eh? Aquello sí que era vivir. A mí me gustan esos países apartados del centro, donde nadie le pregunta á uno lo que hace, pero aquí... ¡Ah! Ya viene Canidia... ¿Y la respuesta? Dámela, reina de las mensajeras.

Orestes la leyó y mudó de semblante.

—¿He acertado? preguntó Rafael.

—¡Fuera de aquí, esclavos, gritó

Orestes, y cuidado con escuchar á la puerta!

—¿Conque he ganado? volvió á preguntar Rafael.

Orestes le alargó la carta, y el judío leyó:

“Los dioses inmortales no aceptan devotos á medias; y el que quiera tener derecho á los consejos de su profétisa, debe saber que no la inspirarán mientras no se les devuelvan sus perdidos honores. Si el que aspira á ser dueño del Africa se atreve á pisotear la odiada cruz, y restituir el cesáreo á los númenes en cuyo obsequio fué edificado; si se atreve á proclamar con la palabra y con los hechos ese desprecio que su buen gusto y su razon le han inspirado hácia nuevas y bárbaras supersticiones, demostrará que es persona con quien puede tenerse á gloria el trabajar y el morir en favor de una gran causa. Pero hasta entonces....”

No decia mas la carta.

—¿Qué debo hacer? preguntó Orestes.

—Cogerle la palabra, dijo Rafael.

—¿Justo cielo! Seria escomulgado. Y.... ¿y qué seria de mi alma?

—¿Y qué será en todo caso, escelente amigo? añadió Rafael con voz suave.

—Ya sé que vosotros los judíos pensais que nadie sino vosotros se salvará. ¿Pero qué diria el mundo? ¡Yo apóstata! No me atrevo, te digo que no me atrevo.

—Nadie te pide que apostates.

—¿Cómo no?

—Lo que te piden es que prometas apostatar. No será la primera vez que despues del matrimonio han dejado de cumplirse promesas hechas antes de contraerlo.

—No me atrevo, es decir, no quiero prometer. Ahora creo que esta será alguna intriga inventada por vosotros los judíos para ensañarme contra los cristianos á quienes aborreceis.

—Te aseguro que desprecio demasiado á todo el género humano para aborrecerle. Nunca sabrás cuán desinteresado ha sido mi consejo al proponerte este casamiento, y seria una inmodestia en mí el esplicártelo. Pero creo que bien merece un pequeño sacrificio la mano de esa locuela. Con el auxilio de su clarísimo entendimiento y de la osadía de su corazón, podrias

resistir á todos los romanos, bizantinos y godos juntos. Y en cuanto á hermosura . . . la suya vale mas que la de todas las mugeres de Alejandría.

—¡Por Júpiter! Veo que la admiras demasiado, y sospecho que estás enamorado de ella. ¿Por qué no la ofreces tu mano? Te haré mi primer ministro, y entonces tendré el usufructo de su talento sin verme obligado á sufrir sus caprichos. ¡Por los doce dioses! Si te casas con ella y me ayudas, te haré lo que quieras.

Rafael se levantó é hizo al prefecto una profunda reverencia.

—Tu excelencia me confunde. Pero te aseguro que no habiendo cuidado hasta ahora de mas intereses que de los míos, espero seguir toda mi vida la misma conducta.

—Eso es hablar con franqueza.

—Exactamente; y ademas la que se case conmigo, quien quiera que fuere, será práctica lo mismo que teóricamente mi propiedad particular. . . . ¿Comprendes?

—Otra prueba de franqueza.

—En efecto; y dejando aparte que probablemente Hipatia no querria ca-

sarse conmigo, debo observar que no seria decoroso que el pueblo pudiera decir que yo el ministro tenia una esposa mas bella é inteligente que tú el señor, y sobre todo, una esposa que hubiera desechado los ofrecimientos de tu magnificencia.

—¡Por Júpiter! ¿Me ha rechazado de veras? Yo la haré que se arrepienta. Fui un necio en pedir lo que podia exigir por la fuerza. ¿De qué sirve, si no, el tener una guardia? Si por buenos medios no consiente, consentirá por malos. En este momento voy á enviar por ella.

—Ilustre magestad, ese recurso será vano. No conoces la resolucion de esa muger. Ni el látigo ni las tenazas la obligarán á ceder á tu voluntad mientras viva; y estando muerta no te servirá de nada.

—Pero se irá jactando por toda Alejandría de que la he ofrecido mi mano y de que no la ha aceptado.

—No creo que haga tal cosa. Tiene demasiado talento para comprender que si lo hiciese, podrias tú informar al populacho cristiano de las condiciones que te imponia; y á pesar de todo el desprecio que manifiesta á los padeci-

mientos de la carne, no me parece que le agrade esponer su hermoso cuerpo á sér arastrado por las calles de Alejandría.

—Entonces, ¿qué te parece que haga?

—Nada. Dentro de dos ó tres días la abandonará el espíritu profético de que ahora se halla poseida; y al cabo de ese tiempo ella misma rebajará un poco el precio en que ahora se estima. No tengas cuidado; á pesar de todas sus infirmitudes é impasibilidades, y de todas esas brillantes á que jugamos en Alejandría, un trono es un cebo demasiado lisonjero para que lo rechace ni aun la pitonisa Hipatia. Así, pues, déjala entregada á sus reflexiones, y vaya otro lance antes de separarnos.

—¡Oh, Rafael! Eres el mas excelente consejero que pudiera haber elegido un pobre diablo de prefecto como yo. Si yo tuviese como tú una renta heredada, tomaria el dinero y dejaria que las cosas se hiciesen por sí mismas.

—Ese es el mejor método de gobernar, dijo Rafael inclinándose y saliendo de la habitacion.

Al atravesar la puerta principal vió en la acera opuesta á Miriam, que sin

duda estaba esperándole. La vieja, sin aparentar que le habia visto, siguió andando paralelamente á Rafael, hasta que éste hubo vuelto la esquina. Entonces atravesó la calle y le asió del brazo diciendo:

—¿Se atreve ese majadero?

—¿A qué?

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Puedes suponer que la vieja Miriam lleva cartas sin saber lo que va dentro de ellas? ¡Piensa apostatar, ó no? Diminúo: soy discreta como la tumba.

—Parece que ha encontrado allá en un rincon de su corazon un pedazo de conciencia comido de gusanos, y no se atreve.

—¡Maldito cobarde! ¡Y yo que tenia tan magnifico plan! Antes de un año no habria en Alejandría un solo perro cristiano. ¿Qué teme ese necio?

—Las penas del infierno.

—De todos modos irá á él ese condenado pagano.

—Eso es lo que yo le insinué tan delicadamente como pude; pero, como el resto de los mortales, parece que desea ir allá por su camino y no por el de otros.

—¡Cobarde! ¿Y á quién elegiré yo ahora? ¡Ah! Si esa Pelagia tuviese tanto talento en toda su cabeza como Hipatia tiene en uno solo de sus dedos, la sentaría con su godó en el trono de los Césares. Pero....

—Pero tiene cinco sentidos y el juicio puramente necesario para valerse de ellos, ¿eh?

—No te burles de ella: yo la quiero mucho, á pesar de todo. Mi sangre se reanima al ver qué bien entiende su negocio y cómo goza de su juventud, cual verdadera hija de Eva.

—Ciertamente, madre, que debes estar orgullosa de ella, porque ha sido tu pupila mas aprovechada.

La vieja murmuró para sí algunas palabras, y despues, volviéndose á Rafael, le dijo:

—Mira, te traigo un regalo.

Y se sacó del dedo una magnífica sortija.

—Pero, madre, siempre me estás regalando. No hace un mes que me has dado ésta daga envenenada.

—¿Y por qué no te he de regalar? ¿No profesamos la misma religion? Toma, toma la sortija.

—¡Qué ópalo tan hermoso!

—Sí, es un ópalo y tiene inscrito el nombre inefable, justamente como el anillo de Salomon. Tómalo; el que lo lleve no tiene que temer ni al fuego, ni al hierro, ni al veneno, ni al mal de ojo de muger alguna.

—¿Incluso el tuyo?

—Tómalo, te digo.

Y Miriam, cogiéndole la mano, le puso la sortija en el dedo, añadiendo:

—Ya está. Ahora estás libre. Llámame otra vez madre; no sé por qué, pero me gusta que me lo llames. Pero, Rafael Aben-Ezra, no te burles de mí, ni me llames bruja, como sueles. No me importa oír eso de cualquiera otro; estoy acostumbrada á ello; pero cuando tú me lo llamas me dan deseos de matarte. Por eso te he dado ese puñal; acostumbraba yo á llevarle conmigo, y he temido verme tentada á usarle algun día.... No te rias de mí.... Puedo hacerme emperador ó primer ministro cuando menos lo pienses, y si quisiera....

—No lo permita el cielo, dijo Rafael riéndose.

—No te rias: ayer eché tu horóscopo, y no tienes motivos para reír. Te ame-

naza un gran peligro y una gran tentacion, Rafael; pero si resistes á la tempestad que va á descargar sobre tí, podras ser primer ministro, como te he dicho, ó emperado, si quieres. ¡Y lo serás, por los cuatro arcángeles, lo serás!

Y la vieja desapareció por una callejuela inmediata, dejando atónito á Rafael.

—¡Por Moisés y los profetas! ¡Si querrá esta vieja casarse conmigo? ¡Qué puede haberle llamado la atencion en mi negligente persona? De todos modos, Rafael, ya tienes un amigo en este mundo ademas de Bran, la perra de presa, y por tanto un nuevo motivo de incomodidad, porque los amigos quieren que se les corresponda con cariño y servicios al cariño que nos muestran y á los servicios que nos hacen. ¡Si será que la vieja ha caido en alguna trampa y quiere que la ayude á salir del mal paso?... ¡Pero qué milla completa de sol me aguarda desde aquí á mi casa!... Y por fortuna, no hay ni una litera que poder alquilar.... ¡Oh! ¡Cuándo se acabará esto? Treinta y tres años hace que padezco en esta Babilonia de necios y malvados, y con esta abominable salud

que tengo no será extraño que pase todavía otros treinta y tres.... Pero como no sé nada, ni espero nada, ni me cuido de nada, no quiero tomarme el trabajo de hacer un agujero en mi cuerpo, para que saliendo el alma por él vea si hay algo digno de verse fuera de aquí, y si en la otra orilla del sepulcro se vive menos estúpidamente que en esta.... ¡Cuándo acabaremos y descansaré yo en el seno de Abraham, ó en cualquier otro, con tal que no sea el de una muger!

CAPITULO V.

UN DIA EN ALEJANDRIA.

Entretanto Filemon, con sus huéspedes los godos, habia ido bajando por el rio, dejando atras antiguas ciudades y ruinas. Al fin una tarde habian entrado en el gran canal de Alejandria, y despues de haberse deslizado toda la noche con felicidad por entre los bancos de arena del lago Mareotis, se habian encontrado al amanecer entre los